

La mujer como don

Es común a varón y mujer la necesidad de un amor verdadero



La mujer como don

Es conocida la enseñanza de Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem* señalando que a la mujer se le confía el hombre, el ser humano, para cuidarlo. Esto queda más claro cuando se estudia el rol del varón. Todos debemos servirnos mutuamente, pero -a la vez- no siempre del mismo modo. En la cultura materialista está desprestigiada la abnegación, la donación oculta, pero no deja de ser significativo el vacío de la fama social, y lo poco íntimo que calan sus prestaciones al reducir los valores a consideraciones superficiales.

Es común a varón y mujer la necesidad de un amor verdadero. Juan Pablo II lo expresa así: "El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa de él vivamente" (RH 10). La falta de amor verdadero conduce al desengaño, aunque las manifestaciones puedan dar a entender lo contrario. El amor condicionado es amor propio; el amor egoísta no es amor. El amor sin condiciones es entrega, donación de uno mismo, apertura al otro. El amor humano es una extensión del amor divino en el hombre, es participación en la corriente divina de amor.

Estos rasgos generales -como ya hemos advertido antes- se dan con un matiz propio en la mujer, pues ella "es aquélla en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su primera raíz"; más aún, "la dignidad de la mujer es medida en razón del amor" (MD 29). Por ello "la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás". En concreto, "la fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y cada uno. Sin embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer -sobre todo en razón de su femineidad- y ello decide principalmente su vocación" (MD 30).

Una consecuencia de este amor fecundo es la especial destinación de la mujer a la educación de los hijos. Dar la vida no se limita al acto de dar a luz, sino que se prolonga toda la vida, especialmente en la primera etapa en que la dependencia del hijo es casi total para sobrevivir y para situarse en un mundo que -con frecuencia- es difícil y exige muchas destrezas, y, sobre todo, para educar correctamente la libertad.

Estos principios generales están en confrontación con los planteamientos de competitividad, tanto en la vida de trabajo profesional como en la vida matrimonial. La competitividad lleva a desear triunfar sobre otros, a ser más, mientras que un planteamiento amoroso lleva a querer que el otro, o los otros, lleguen a desarrollar al máximo sus posibilidades. Es la lógica del servicio, tan alejada de la de la autoafirmación. Pero la ausencia de amor verdadero conduce a la frustración, aunque se dé un triunfo social.

Respecto a los hijos, la carencia de amor oblativo y donativo es la traslación hacia una forma de egoísmo particularmente molesta. Es el pretendido amor posesivo que busca más la propia satisfacción que el desarrollo de la libertad del hijo en una autonomía, que no es independencia, pero sí derecho a realizar la propia vida en el amor. Dios ama respetando la libertad de los hijos de Dios hasta extremos sorprendentes: éste es el modelo.

No sería comprensible hablar de la femineidad sin mencionar la belleza. Los cánones de belleza son cambiantes según la comprensión cultural y antropológica de cada momento, pero es patente la tendencia de la mujer a ser atractiva. Es cierto que se pueden dar deformaciones de vanidad, egocentrismo y frivolidad. Pero no es menos cierto que si una mujer descuida la atención por ser atractiva revela un deterioro de su interioridad, además del de su aspecto externo. Esto es así porque la tendencia a ser atractiva se funda primordialmente en el papel de dadora de vida. El varón buscará a la mujer, y la mujer atraerá al varón. Es posible que decaiga esa atracción en provocación, pero eso no es más que una consecuencia del pecado, no es algo original. El pudor es una defensa de la

intimidad para no ser considerado como objeto, pero también es una manifestación de la atracción para el amor interpersonal y para alcanzar el papel de madre en la vida.